

RETABLO DE YUMBEL

Isidora Aguirre

*premio
casa
de las américas
1982*

TEATRO

Al trazar una parábola entre la persecución de los cristianos en la Roma del siglo III y lo acaecido en Chile a raíz del golpe militar de 1973, la autora elabora, en *Retablo de Yumbel*, una trama de objetiva contemporaneidad.

Por la solidez formal, el aliento poético y el original tratamiento de las tradiciones y ceremonias populares como medio de expresión, la obra es un aporte a la búsqueda de un lenguaje teatral latinoamericano que refleje la riqueza imaginativa de nuestros pueblos y sus problemas actuales.

Jurado/87

Kozana Lucca (Argentina)

Lautaro Murúa (Chile)

Rodolfo Santana (Venezuela)

Stella Santos (Uruguay)

Berta Martínez (Cuba)

RETABLO DE YUMBEL

Walter Aguirre



TEATRO

RETABLO DE YUMBEL

Isidora Aguirre

Edición de Isidora Aguirre
Copyright © 1982, Editorial Espasa Calpe S.A. de las Américas, S.A.

Edición
Roberto Castillo
México
Orlando Díaz
Caracas
María Inés Vela



**premio
casa
de las américas
1982**

TEATRO

RETA DE YUMBEL

isidors Aguirre

© Sobre la presente edición:
Ediciones Casa de las Américas, 1987

Edición:
Reinaldo Castillo
Diseño:
Orlando Díaz
Corrección:
María Regla Villa

CASA DE LAS AMÉRICAS
3RA. Y G, EL VEDADO,
CIUDAD DE LA HABANA, CUBA

TEATRO

premio
casa
de las
américas

**A José Manuel Parada Maluenda,
Manuel Guerrero,
Santiago Nattino.**
1985

En el año 1979 aparecieron en un lugar clandestino del pueblo sureño de Yumbel, los restos de diecinueve dirigentes, los que figuraban en las listas de detenidos-desaparecidos, fusilados —como se comprobó en el juicio— tres días después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, durante un traslado del lugar de detención (Laja y San Rosendo, vecinos de Yumbel) al Cuartel de la ciudad de Los Ángeles. Quedó establecida la identidad de cada una de las víctimas, así como la de sus hechores, pero, tal como ocurriera en el caso de los enterrados en las minas de Lonquén, los victimarios quedaron impunes y antes de ser declarados culpables, se acogieron a la Ley de Amnistía, dictada en 1978 por el gobierno con efectos retroactivos. Otro tanto ocurrió con dieciocho dirigentes campesinos que aparecieron en la vecina localidad de Mulchén.

Esta obra le fue solicitada a su autora en 1984, por el conjunto de teatro El Rostro, de Concepción, como un recordatorio y homenaje a los detenidos-desaparecidos de la zona.

La obra Retablo de Yumbel transcurre en la plaza del pueblo del mismo nombre a comienzos del año 1980, mes de enero, en vísperas de la fiesta de su patrono, San Sebastián.

MAPA 2. (Espasa o madre de los enterrados en Yumbel)

MAPA 3. (Como lo Mapa 2, de espasa o madre, pero de los que aparecieron en Yumbel)

PERSONAJES

ALEJANDRO (35 años)

MARTA (33 años, cuñada de Alejandro)

EDUARDO (30 años, amigo de Alejandro y Marta)

MAGDALENA (28 años, argentina, vestuarista)

ACTOR 1 (30 años)

(Los actores representan: Alejandro, al emperador Diocleciano y al Procónsul romano. Eduardo, a Sebastián y al Tribuno. Marta, a Torcuato el centurión y a un jinete romano. Actor 1, a Galerio.)

PERSONAJES POPULARES DE LA PLAZA

JULIANA (18 años, vende cirios en la plaza)

CHINCHINERO (Su padre, un hombre orquesta de la plaza)

MUJER 1 (Del pueblo de Yumbel, que visita a los presos)

MADRE 1 (De la agrupación de detenidos-desaparecidos)

MADRE 2 (Esposa o madre de los encontrados en Yumbel)

MADRE 3 (Como la Madre 2, de origen campesino, pariente de los que aparecieron en Yumbel)

OTROS PERSONAJES (DOBLADOS O QUE SE AGREGAN)

UN ORGANILLERO (Vendedor con carrito, al final)

MADRE 4 (En la segunda parte representa a Magdalena)

Y los que se quieran agregar para escenas de la procesión o finales de la fiesta con los peregrinos.

(La obra puede representarse, con los doblajes, con un mínimo de nueve, cuatro actores y cinco actrices.)

ESCENARIO

La plaza donde hay una tarima sobre la que está colocado un Retablo de tres arcos para los Episodios romanos. El taller donde están los actores cuando no actúan, se da aislando con la luz y algunos elementos simples, mesa con espejo, escaños, perchas. Se necesitarán arpilleras o lienzos pintados con escenas del martirio de Sebastián, un estandarte con su imagen, banderas rojo y amarillo. Un caballito de trapo, gracioso, con paños y adornos romanos que Marta se ciñe a la cintura. Un ángel de trapo, volando, para un arco del Retablo.

MÚSICA

Aparte de la música incidental, se recomienda para Episodios romanos, la Gavota No. 6, suite inglesa de Bach en arreglo de Jaime Soto, director del barroco andino, que recuerda nuestro folclore nortino (bailes de la Tirana y de la Costa). Las décimas fueron compuestas al estilo del folclore chileno, y algunas son tomadas de las que están escritas en la iglesia de Yumbel entre las imágenes que narran la vida y martirio de San Sebastián.

Música de introducción, orquestal, dramática.

Se escucha una voz en lo oscuro:

Preguntó Yahvé a Caín, ¿dónde está tu hermano Abel? No lo sé, —repuso éste— ¿acaso soy el guardián de mi hermano? Y dijo Yahvé a Caín: ¡La sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra!

CUADRO I

La música se transforma en una animada danza folclórica (cueca) para la entrada de Juliana que trae el estandarte o la bandera de San Sebastián, y su padre, el Chinchinero que toca sus instrumentos, ambos bailando. Luego se muestran las Madres, como si salieran de la iglesia. Dan una vuelta por la escena (plaza) las Madres, siguiendo a Juliana con el estandarte y al Chinchinero que marca el ritmo en cuanto cesa la danza. Juliana dice las décimas:

JULIANA

A la plaza de Yumbel
a saludarte venimos
nuestro Sebastián querido
con un cirio y un clavel.

Es Sebastián el doncel
 que cantan los peregrinos
 y las tencas¹ con sus trinos
 con muy tierna devoción:
 ¡cumple entonces tu misión
 dando favores divinos!

CORO

¡Concédenos tus favores, San Sebastián!

CHINCHINERO

(Al público.) Por si no lo saben, esta imagen del santo que se venera en la iglesia de Yumbel es muy antigua: con decir que la trajeron los conquistadores españoles. A ver, diga las décimas, Juliana:

JULIANA

A Chillán vino de España
 la imagen que se venera,
 mas, sucedió de manera
 que aquí en esta iglesia anclara.
 Dios permitió esta hazaña:
 la llevaba un Coronel
 cuando pasó por Yumbel
 huyendo en tiempo de guerra
 ¡y aquí le enterró en la arena
 y luego se olvidó dél!

CHINCHINERO

Más tarde los de Yumbel
 la santa imagen hallaron.
 Cuando la arena escarbaron
 vieron al santo doncel.
 De Chillán claman por él
 responden los de Yumbel:

1 Pájaro, nombre de la calandria americana.

JULIANA

No lo queremos perder,
y no habrá quién se lo lleve.

CHINCHINERO

¡Ni con dos pares de bueyes
lo pudieron remover!

MADRE 2

¡Cúmplenos las mandas, San Sebastián!

MADRE 3

Sí, cúmplenos, santito milagroso...

CHINCHINERO

(A las madres.) Cuidado: es milagroso pero muy ladino. Cumple si a él le cumplen. Pero si alguno se olvida de pagar su manda, él ¡va y le devuelve el mal! (Da una vuelta alegremente, tocando sus instrumentos, ve a los actores que avanzan por platea, los designa a Juliana.) Los actores.

JULIANA

(Avanza hacia ellos y anuncia.) ¡Llegan los actores! Van a ensayar aquí en la plaza. (Va hacia ellos y los ayuda con algo de utilería que llevan ellos hacia el fondo y mientras Alejandro, Marta, Eduardo y Magdalena —ésta siempre con lentes oscuros— instalan un canasto con vestuario en un sector, «taller», regresa para anunciar al público, con bombo y platillos tocados por el Chinchinero.) El día 20 de este mes de enero es la fiesta de nuestro patrono San Sebastián. Los actores van a representar una obra llamada... (Se desplazan ella y Chinchinero.) (Redobles.) ¡Retablo de Yumbel!

Han pasado a primer plano Juliana y Chinchinero y las Madres 2 y 3. La Madre 1 se queda al fondo ayudando a Marta, lo mismo que a Magdalena, a ceñirse

el caballito. Los otros actores preparan vestuario y utilería al fondo.

CHINCHINERO

Es una representación
que narra el martirio cruel
de Sebastián el doncel:

MADRE 2

¡Es verdad, y no es ficción!

MADRE 3

¡Hay abuso y no hay sanción!

CHINCHINERO

Se notará en la ocasión
que este mundo sigue igual:

JULIANA

Tranquilo está el criminal.

MADRE 2

Y el inocente en prisión.

LAS TRES

¡Hay abuso y no hay sanción! (*Caja y platillos.*)
(*Se congelan en su gesto, luz pasa a sector delantero.*)

Música incidental breve.

ALEJANDRO

(*En sector delantero, como narrador.*) Verano del 80. La idea fue de Marta. La de escribir la obra y representarla en la plaza para la fiesta de San Sebastián... Yo amaba a Marta. Pero ella seguía amando a su compañero —mi hermano Federico—, caído en el año 75. Eduardo tomó el rol de Sebastián. Reclutamos a otro actor en Yumbel. Y las señoras

de... la «Agrupación de Familiares» nos enviaron a Magdalena, una joven argentina que ofició de vestuarista. (*Atrás, en penumbras están estos actores preparándose.*) (*Música de organillo.*) Nos prestaban un taller junto a la iglesia. Estuvo siempre abierto, como invitando a los yumbelinos a participar. La gente que circulaba por la plaza —una plaza de campo con árboles frondosos y algarabía de pájaros— se veía alegre. Sin embargo, no hacía mucho que la tierra de Yumbel se había abierto para entregar los restos de diecinueve fusilados, inocentes, que figuraban desde el golpe militar en las listas de detenidos-desaparecidos.

Se retira tomando vestuario del canasto y entra en el Retablo cubierto. La luz ahora ilumina el otro extremo delantero, donde la Madre 1 relata.

MADRE 1

Diecinueve dirigentes fusilados sin culpa alguna —como se probó en el juicio— a pocos días del golpe militar, durante un traslado de Laja y San Rosendo al Cuartel de la ciudad de Los Ángeles. A pesar de los recursos de amparo, los múltiples requerimientos y diligencias, del largo peregrinaje de madres y esposas no se logró establecer qué ocurrió con este grupo de detenidos cuyos datos se perdieron en la madrugada del 17 de septiembre de 1973. Quedó establecida —en el juicio— la identidad de cada una de las víctimas, así como la de sus hechores. Pero tal como sucedió en el caso de Lonquén, ese mismo año de 1979, los victimarios se acogieron a una Ley de Amnistía dictada poco antes por el gobierno de la Junta Militar. (*Se retira, la luz vuelve al centro, se animan los que estaban congelados.*)

Música breve, el Chinchinero golpea tambor gritando, y recita:

CHINCHINERO

En la representación
que habla de San Sebastián

el que quiera ver, verá
lo que en Yumbel sucedió
cuando la tierra se abrió.

MADRE 2

Persiguieron la inocencia
y esta tierra en su clemencia
quiso sacar del olvido
a nuestros seres queridos.

MADRE 3

¡El cielo dictó sentencia!

*Chinchinero da unos golpes, se retiran mientras se ve
atrás al Actor 1.*

ACTOR 1

Empieza el ensayo: primer episodio. ¡Apaguen! (*Queda la
escena oscura.*) ¡Música! (*Estalla la alegre Gavota, primeros
compases, luego del pito y cajas, se mantiene oscuro.*)

EPISODIO 1 DEL RETABLO

*Luz brillante y cálida sobre el dorado del Retablo,
ahora sin cortina. Fijos como dos estampas, Diocleciano,
de pie y la mano en alto, Sebastián una rodilla en
tierra ante él, con su coraza y casco de legionario; se
busca la magia de la imaginería religiosa, vistosa, in-
genua. Junto con volver la luz ha entrado, girando,
bailando al compás de la Gavota, Chinchinero, Juliana
con estandarte o bandera y Marta como jinete romano
con su caballito ceñido a la cintura y un antifaz. Cesa
la música.*

JULIANA

A Sebastián el legionario
lo llaman el Emperador
le concede su favor
el augusto Diocleciano.

Sebastián era cristiano
 y la gente ya sabía
 que en aquel tiempo había
 una cruel persecución:
 ¡muerte era la ración
 que los cristianos sufrían!

Con un trozo de la Gavota, se retiran, siempre con una pequeña coreografía. Al cesar la música, se animan los personajes del Retablo, continuando el gesto que esbozaban en su quietud. Sebastián, rodilla en tierra; el Emperador, de pie al centro.

DIOCLECIANO

Te saludo legionario,

SEBASTIÁN

¡Sacratísimo! (*Se inclina.*)

DIOCLECIANO

(*Deteniendo su gesto.*) No es necesario que dobles la rodilla ni que beses la orla de mi manto,

SEBASTIÁN

(*Se alza.*) Señor, los cielos te concedan larga vida.

DIOCLECIANO

(*Ríe.*) Así sea. Mientras más alto te encumbras más peligra tu existencia. Y el poder, Sebastián, que por la violencia se alcanza por la violencia se suele perder... Pero, ¡basta!, hoy el Imperio está en paz. Que el fasto del palacio no te deslumbre: comparte esta noche la cena conmigo.

SEBASTIÁN

(*Retrocede algo.*) Señor, no soy tu igual...

DIOCLECIANO

(Indicando.) ¿Mi santuario te intimida?
Como botín de guerra traemos cautivos,
exóticos dioses de los pueblos vencidos.

SEBASTIÁN

¿No honra el Emperador los dioses de Roma?

DIOCLECIANO

Dan poco consuelo y ninguna esperanza.
Disfruta del placer que te venga en suerte
pues nada hay del otro lado de la muerte.
El Augusto te invita: bebe en su copa

SEBASTIÁN

Perdona si me muestro simple y frugal. (*Gesto de rechazo.*)

DIOCLECIANO

¡Cuidado! Te comportas como un cristiano:
temen al placer, huyen de la riqueza,
pues «antes ha de entrar —lo reza su doctrina—
un camello por el ojo de una aguja
que un hombre rico en el reino de los cielos».
Di: ¿qué sucede al entrar en aquel reino?

SEBASTIÁN

Al fin de los tiempos, hemos de ser juzgados.

DIOCLECIANO

(*Sonríe.*) Juzgados, ¿por quién?

SEBASTIÁN

Por el dios de los cristianos.

DIOCLECIANO

Dicen que es severo, que inspira temor...

SEBASTIÁN

Pero envié a Jesucristo, su hijo, a este mundo para enseñarle a los hombres el amor.

DIOCLECIANO

(*Ladino.*) El amor... ¿y tú me amas, Sebastián?

SEBASTIÁN

Sí, señor: a ti y a todos los que te sirven.

DIOCLECIANO

Pues yo sin ser cristiano siento amor por ti que me sirves.

SEBASTIÁN

(*Indicando afuera.*) ¿Y por él, tu esclavo?

DIOCLECIANO

No, por cierto. ¿Soy por ello un hombre cruel?

SEBASTIÁN

(*Tímidamente.*) El que es servido ignora los padecimientos de aquellos que, por obligación, lo sirven.

DIOCLECIANO

(*Exclama.*) ¿Y yo? ¿Acaso no os estoy siempre sirviendo? «Obligado», Sebastián, hice la guerra.

Vencí, con «padecimiento» en las fronteras y hube de enderezar lo que en este Imperio hallé torcido. Terminé con la anarquía, «obligado», construí palacios y ciudades...

¿Qué puede reprocharme el dios de los cristianos?

¿O me ha de condenar por vivir en la holgura?

SEBASTIÁN

Sacratísimo...

DIOCLECIANO

¡Di!

SEBASTIÁN

Tus joyas, tu diadema...
 las llevas cada día sin preguntarte
 cuánto dolor le ha de costar cada gema
 al miserable esclavo que te las procura.
 Y en tu manto bordado, en tus telas finas,
 ¡cuánto desvelo! Y para el rico botín
 que has traído de las guerras, ¡cuánta sangre!
 ¡Cuánto castigo y látigo en las espaldas
 para poner en tu dedo... una esmeralda!

DIOCLECIANO

¡Basta! (*Burlón.*) Ahora en todo lo que me rodea
 sólo me haces ver el afán, la fatiga.
 Eres valiente, Sebastián, al recordarme
 que aquellos que sirven jamás son servidos.
 (*Llamando.*) ¡Esclavo! Cena conmigo. (*Pausa.*) ¡Te lo
 ordeno! No, te lo suplico. (*Pausa. Indica.*) Ya lo ves: ha
 huido.

SEBASTIÁN

Por tal sacrilegio, teme perder la vida.

DIOCLECIANO

Así es. ¿Y qué pretendes con tu discurso?
 ¿Quieres que Diocleciano firme un edicto
 que ordene a los ríos cambiar su curso,
 que al león vuelva manso y feroz al cordero,
 que yo mismo guise para mi cocinero?

SEBASTIÁN

No, señor. Pero puedes firmar un edicto
 que libre al cristiano de ser perseguido.

DIOCLECIANO

(*Serio.*) Lo que un edicto dice ¡otro no desdice!
 Pero si tienes un amigo condenado,
 le daré el perdón ¡si es que pruebas su inocencia!

SEBASTIÁN

¡De inocentes tus cárceles están llenas!
 Hablo, señor, de justicia, no de clemencia.

DIOCLECIANO

Despacio, Sebastián: hay en tu voz soberbia
 Delegué este asunto en mi César Galerio.

SEBASTIÁN

Galerio es injusto y cruel con los cristianos.

DIOCLECIANO

Y ellos, ¿no son rebeldes, no son impíos?
 Las enseñanzas del que nombran Jesús
 han puesto en peligro la paz del Imperio.
 ¡Y basta! (*Melancólico.*) Hablar de los cristianos
 me irrita.

Sebastián, ¿sabes que tengo yo una hija
 que hace en secreto la señal de la cruz?
 Y Galerio es de temer.

SEBASTIÁN

Señor, ¡tu palabra es ley!

DIOCLECIANO

No puedo quitarle el poder que le he dado.
 (*Pausa.*) Sebastián, ¡aléjate de los cristianos
 y a mí, acércate! Y dame tus cuidados,
 pues entre todos te distingo, y hoy te nombro
 de mi Guardia Pretoriana, ¡el capitán!

Un silencio.

SEBASTIÁN

(*Retrocede.*) Señor, mejor te sirvo como legionario.

DIOCLECIANO

Te quiero aquí, en el palacio, siempre conmigo.
Con discursos querías cuidar de mi alma:
cuida, entonces, el cuerpo donde mi alma habita.

SEBASTIÁN

Pero yo, señor...

DIOCLECIANO

¡No! No acepto tu rechazo:

Ven. Dobla la rodilla. (*Él tarda en hacerlo.*)

Haz lo que te digo. (*Sebastián obedece, y Diocleciano toca su hombro.*) Más que capitán de mi Guardia de Honor te he de nombrar, Sebastián..., ¡mi más fiel amigo!

La luz baja quedando un instante las figuras inmóviles como al inicio de este episodio, como si regresaran a la fijeza de la estampa. Breve música de separación.

CUADRO II

De la penumbra sube, íntima, la luz en zona taller, donde los actores dejaron el canasto. Alejandro, quitándose peluca y manto, va hacia ella. Están ya Marta y Magdalena, con sus lentes oscuros, disponiendo el vestuario. Al ver acercarse a Alejandro, Magdalena se retira, se desplaza en silencio. Marta hojea un libro.

ALEJANDRO

(*Por ella, a Marta.*) ¿Sigue muda? (*Marta asiente.*) ¿Qué tienes ahí? (*Indica el libro que Marta le tiende. Tomándolo, lee en el lomo.*) *Historia romana...*

MARTA

Te marqué algo sobre Diocleciano. (*Se sienta a coser su túnica o accesorio.*)

ALEJANDRO

(*Leyendo.*) Instaura una férrea burocracia militar, emprende reformas económicas... (*Salta algo.*) De la junta de cuatro, dos Augustos y dos Césares, que debían sucederlos, Diocleciano conserva el poder absoluto. (*Pausa.*) Manda sin límites ni restricciones. (*Marta está concentrada en su labor.*) Marta, ¿oíste eso?

MARTA

Sí, Alejandro. (*Parece ausente.*) ¿Es verdad que Diocleciano tenía una hija cristiana?

ALEJANDRO

Es histórico.

MARTA

Tal vez por eso Sebastián esperaba convertirlo al cristianismo.

ALEJANDRO

Pero el César Galerio se lo impedía. (*Lee.*) Según Gringberg: «La medida que adopta Galerio es una medida fría y metódicamente calculada para exterminar a los cristianos. (*Marta está absorta, dejando de coser.*) Porque habían llegado a formar una potencia dentro del Estado.» (*Mirando a Marta.*) Marta, no estás escuchando.

MARTA

Sí, Alejandro. (*Le sonríe con dulzura.*)

ALEJANDRO

(*Con sencillez.*) Te amo. (*Ella lo mira fijo.*) Te recuerdo a Federico, ¿verdad?

MARTA

Te pareces mucho a tu hermano.

ALEJANDRO

(*Molesto.*) Pero no soy él. (*Arregla vestuario para próxima escena en que será Procónsul; mientras dice.*) Marta, miras sin ver, escuchas sin oír, como si no fueras real del todo.

MARTA

Entonces estamos igual: los dos amamos a un ser que apenas existe.

ALEJANDRO

¿Mi hermano apenas existe? Federico existe muchísimo más que yo.

MARTA

(*Sonríe, nostálgica.*) Decía: «el que da su vida por un ideal nada más se ausenta».

ALEJANDRO

Él ni siquiera se ausentó. Tienes el don de revivir el pasado como si lo recuperaras para el presente. De pronto, algo te hace partir hacia algún punto del recuerdo, y te vas... con él, supongo. Tu compañero era un ser excepcional, pero ya no está con nosotros. (*Ella lo mira.*) Bueno, quiero decir, aunque figure en esas listas de detenidos-desaparecidos, sabemos que no va a regresar. (*Ella calla.*) Lo sabes, ¿no? (*Ella asiente.*) Entonces, es tiempo de pensar... en rehacer tu vida. Ojalá lo hicieras, porque... (*Calla.*)

MARTA

¿Por qué?

ALEJANDRO

Porque te amo.

MARTA

(*Algo ausente.*) Sí. Ya me lo has dicho. (*Le sonríe.*) Lo siento, Alejandro.

ALEJANDRO

Lo siento, Alejandro... (*retoma su lectura, molesto. Lee.*) «En el año 313, el César Galerio cae atacado por una terrible dolencia. Temiendo que sea aquello un castigo del dios de los cristianos, firmó la paz con ellos. Se les ve, entonces, salir de cárceles y catacumbas, como un ejército de fantasmas. Cobran fuerzas y entonan sus himnos... parecen nimbados de luz...» (*Deja el libro.*) (*Soñador.*) Nuestro Sebastián no alcanzó a ver realizada su esperanza.

MARTA

Tampoco Federico. (*Pausa.*) No es justo. Su fe era tan linda.

ALEJANDRO

No estés triste. (*Se miran, él toca su mano; luego ambos se ocupan del vestuario.*) Marta, ¿qué te hizo unirme a nosotros?

MARTA

(*Tarda algo en responder.*) Mis razones son... muy simples.

ALEJANDRO

Dilas.

MARTA

No soporto ver niños mendigando.

ALEJANDRO

Vale. La verdad es que siempre estamos barajando conceptos, enredados en consignas... y a menudo se olvida uno de lo esencial. (*Pausa.*) Niños mendigando. ¿Por qué no? La injusticia tiene muchos nombres. ¿Sabías que en el Caribe hay niños de doce años que toman el fusil? El del padre caído en la lucha. Es su derecho a seguir con vida, supongo. (*Pausa.*) Nunca más niños mendigando, nunca más niños con un fusil.

MARTA

(*Con voz queda.*) Nunca más tortura.

ALEJANDRO

Cuando estuvimos en prisión, Federico me dijo: Lo que te angustia, más que el dolor físico, es... la crueldad de tus torturadores.

MARTA

¿Hasta cuándo, Alejandro? La muerte, la persecución...

ALEJANDRO

¿Quién puede saberlo? (*Animándola con voz alegre, mientras se arreglan.*) Marta: no sabemos nada del futuro. Podría ser la bomba: un estallido ¡y se acabó! (*Sonríe.*) Pero ¡también podría ser... lo contrario!

MARTA

¿Y qué es lo contrario?

ALEJANDRO

Bueno, los hombres siempre han creído en los grandes valores ¿o no?

MARTA

(*Ajustándose el caballo de trapo.*) Supongo que sí.

ALEJANDRO

Entonces ¡no es imposible que un día decidan... practicarlos! O podríamos contar con una esperanza de galaxias, como decía Federico. Vendrán viajeros de otros mundos a devolvernos la cordura. Soñemos, Marta. ¿Quién dice que nuestros hijos no empezarán a entrenarse, carreras matinales en los parques, ejercicios diarios para ser los mejores? En un gran campeonato. ¡Un campeonato mundial para terminar con la injusticia! (*Mira a Marta que tiene puesto el caballito, se le acerca con mucha ternura.*) No, ahora no sales con el caballito: serás el centurión Torcuato. (*La ayuda a quitarse el caballito y le tiende las cadenas de utilería que hay en el canasto. Mientras se las pone le dice, con el mismo tono sen-*

cillo de sus «Te amo»:) Marta, me casaría contigo, aún sabiendo que sólo puedes amar a Federico... (Marta se vuelve iniciando un gesto de protesta. Alejandro agrega, sonriendo con picardía.) Para cuidarte, ¿entiendes?

*Ambos pasan a la tarima donde está el Retablo, llevando sus antifaces. Baja la luz hasta lo oscuro, mientras estallan los compases de la Gavota.
Luz brillante sobre el Retablo:*

EPISODIO 2 DEL RETABLO

Sobre la tarima están el Procónsul, Alejandro, de blanco y con antifaz; y Marta, como Torcuato, túnica corta, cadenas, antifaz como si estuviera colgando en la tortura. Actor 1 ha fijado un telón con instrumentos de tortura a un costado. El Procónsul tiene un pergamino.

Al volver la luz, entra Juliana con el estandarte y el hombre-orquesta. Ejecutan breve coreografía y luego Juliana recita,

JULIANA

Por edicto, Diocleciano
manda a Torcuato, hombre santo,
en juicio de horror y espanto
torturar por los romanos.

Con suplicios refinados
a este noble centurión
le sangra el corazón
y el cuerpo le descuartizan:
¡Cruelmente lo martirizan
por la fe en su religión!

Se retiran, girando. Los del Retablo cobran vida.

PROCÓNSUL

Siendo el ocho antes de las calendas de abril, en este limpi-
simo tribunal se presenta ante mí, Procónsul de Roma, un

centurión acusado de cometer actos castigados por la ley.
¡Nómbrate!

TORCUATO

Cristiano.

PROCÓNSUL

¡Palabra impía! Di tu nombre

TORCUATO

Cristiano.

PROCÓNSUL

Dale en la boca para que no responda una cosa por otra.
(*Símbolo de tortura.*)

TORCUATO

Cristiano es el nombre que tengo por mío. Mas, mis padres me llamaron Torcuato.

PROCÓNSUL

Se lee en estos escritos que te fueron requisados: (*Lee en un pergamino.*) «Los príncipes de los sacerdotes reunidos en Concilio dijeron: ¿Qué haremos con este hombre, Jesús? Hace muchos prodigios. Si lo dejamos que siga predicando su doctrina, todo el pueblo creerá en él...» (*A Torcuato.*) ¿Ignoras que se castiga con la muerte al que oculta estos escritos? Dice el edicto imperial: «Se prohíben las asambleas secretas de los cristianos y la posesión de escritos que se refieran a su impía doctrina.» ¿Conocías el edicto?

TORCUATO

Lo conocía.

PROCÓNSUL

¡Rompiste las insignias militares y arrojaste las armas!

TORCUATO

Mi doctrina dice, no matarás.

PROCÓNSUL

Tu crimen es de alta traición. Ese Jesús era un rebelde que pretendía levantar a los judíos contra los romanos: tu deber era entregar estos escritos para ser quemados.

TORCUATO

¡Antes quemadme a mí!

PROCÓNSUL

¡Tortúralo! (*Montaje en sonido, y símbolo tortura.*) Basta. ¿A quién leías estos escritos?

TORCUATO

A mis hermanos en la fe cristiana.

PROCÓNSUL

Entrega a tus hermanos y quedarás libre.

TORCUATO

¡No soy delator!

PROCÓNSUL

Ponlo en el potro de los tormentos, ¡hasta que confiese todos sus nombres! (*Símbolo de tortura.*) ¡Está bien! Torcuato, te conmino a sacrificar ante el altar de Júpiter, como lo hacen los emperadores, a quienes debes honra y obediencia.

TORCUATO

Se equivocan los emperadores.

PROCÓNSUL

¡Quémale pies y manos por blasfemo!

TORCUATO

¿Por qué me torturas de ese modo? ¡Sólo alabo al Dios verdadero!

PROCÓNSUL

¡Vierte sal en sus heridas por decir «dios» y no «dioses»! Torcuato, aún sabiendo que seguirán atormentándote, ¿persistes en lo dicho?

TORCUATO

Persisto.

PROCÓNSUL

Insensato, loco cristiano, ¿acaso amas la muerte?

TORCUATO

Amo la vida, pero no temo morir.

PROCÓNSUL

(*Grita hacia el verdugo.*) ¡Raspa sus costillas con conchas afiladas, cuélgalo de los pies y ponlo sobre la hoguera; que arda su cuerpo, pero que no muera...! (*Mientras se continúa con el símbolo de tortura.*) ¡Haré que te consumas lentamente antes de ordenar que te degüellen! Y no esperes la gloria póstuma, pues no voy a permitir que vengan esas mujerzuelas a cubrirte con bálsamos y ungüentos para darte honrosa sepultura. Veré que tus restos sean arrojados donde no puedan hallarlos, lo mismo que todos los de esos malditos cristianos. ¡Devuélvelo al calabozo!

Oscuro. Breve música cerrando la escena.

La luz pasa ahora a un sector delantero, que representa una esquina de la plaza, con sol, luz de día. Está ahí la actriz que interpreta a Madre 2, y se acerca la Madre 3. (Ahora se designan como Mujer 1 y 2, sus ropas son diferentes.)

Mujer 1 cruza la escena y se acerca a Mujer 2, mirando como si aguardara el autobús.

CUADRO III

MUJER 1

(Se sienta sobre un atado que lleva, y dice a Mujer 2 que se sienta en el suelo, con su canasto de ventas.) Le llevaba alimento y ropa a los presos de la cárcel de Concepción, pero ¡me devolví con todo!

MUJER 2

¿Y por qué?

MUJER 1

Me corrió el guardia González, «por hablar tanta lesera», dijo.

MUJER 2

Vaya. ¿Y qué fue lo que le habló usted?

MUJER 1

Le pregunté cómo podía trabajar en esas casas donde mortifican a los jóvenes inocentes. Y él dijo: «No son inocentes. Y aunque el trabajo es feo, alguien tiene que hacerlo.»

MUJER 2

¿Y usted qué le dijo?

MUJER 1

Si es tan feo, búsquese otro. Y él: «¿Con esta desocupación? Además, siendo uniformado, a mis hijos no les va a faltar.» Y yo le pregunto: «Y si le agarran a un chiquillo y se lo matan de hambre, ¿qué hace usted?»

MUJER 2

¿Y él?

MUJER 1

«Lo mato —dijo, así con estas palabras—, aunque me fusilen después.» «¿Ve? —le digo yo— ¡Esa es la diferencia! Usted se aflige no más por sus hijos. Y ellos, los que tienen

detenidos, esos se afligen por todos los hijos, por los hijos de todos.» «¿Le parece?», me dice, como burlándose. Y yo: «¿No sabe que esos jóvenes están dando la pelea para que cada niño tenga pan y escuela?, y zapatos, porque los zapatos son importantes para los niños.» Eso le dije.

MUJER 2

¿Y él?

MUJER 1

«Usted habla puro de los niños —me dijo—, cuando esta guerra es entre gente mayor. Los niños no tienen que ver.»

MUJER 2

Mire, ¡ahora sí!

MUJER 1

«Tienen que ver —le dije—, porque todos empiezan la vida siendo niños. Y no es bueno empezarla hambriento y descalzo, durmiendo en los portales y aspirando neoprén.» (*Mirando.*) Ahí llega el bus... (*Se levanta.*) A ver si ahora me dejan entrar. (*Sale seguida de Mujer 2.*)

Oscuro. Compases de la Gavota que anuncia un episodio del Retablo. Luz sobre Retablo: en un arco está Torcuato en prisión encadenado, en un extremo, colgando de arriba, un ángel de trapo o dorado, volando. Entra el Chinchinero y Juliana con el estandarte, ejecutan su breve coreografía.

CUADRO IV

JULIANA

Sebastián, alma piadosa
sufría al ver torturados
a tantos de sus hermanos
en los negros calabozos...

Entra Alejandro y la detiene con el gesto.

ALEJANDRO

Espera, falta Eduardo. (*Juliana se retira y se cruza con Eduardo que viene entrando, trae en la mano su casco y el libreto.*) (*Marta baja de la tarima.*)

EDUARDO

(*Muy alterado, lee en el libreto.*) «Entrega a tus hermanos y serás libre.» Marta, Alejandro, ¡yo jamás nombré a Federico! ¡Aunque me preguntaban por él todo el tiempo! Entregué unas direcciones falsas. (*Se deja caer deprimido en el borde de la tarima.*) Y luego... una verdadera, según lo convenido.

MARTA

Eduardo, ¿de qué estás hablando? (*Se le acerca cariñosa.*)

EDUARDO

De torturas. Puedes resistir la picana eléctrica, los golpes, los simulacros de fusilamiento, pero ¡la asfixia, no! (*Agresivo, golpea el libreto.*) Alejandro, cuando escribiste la obra. ¡olvidaste la asfixia, en la escena de la tortura!

ALEJANDRO

(*Lo calma con el gesto.*) Tranquilo, Eduardo.

MARTA

¡Nunca nadie ha dicho que tú lo entregaras!

EDUARDO

(*Sin oír.*) No debo estar aquí representando ese rol de macanudo... Federico lo hubiera hecho con más convicción: ¡él jamás abrió la boca!

ALEJANDRO

Escucha...

EDUARDO

¡Y no me digan que no tuve culpa!

MARTA

Pero, ¿culpa de qué?

EDUARDO

(Excitado, sin escuchar.) (Por el libreto.) Y hay aquí otro parlamento de Sebastián, sobre los que reniegan de su fe. *(Lee.)* «Maldicen su flaqueza y nunca logran hallar la paz»... *(A Alejandro.)* ¿Pensaste en mí, Alejandro? *(Le vuelve la espalda, avergonzado.)*

ALEJANDRO

Eduardo, eso fue escrito en el siglo tres.

Un silencio.

Alejandro y Marta observan a Eduardo que parece confundido.

EDUARDO

(Vacila, luego se anima.) Está bien. No se preocupen. Sigamos con el ensayo. *(Calla.)* Adelante con mi rol... de fantástico. *(Va a subir a la tarima, Marta lo detiene.)*

MARTA

No. Eduardo, todo este tiempo en que estuviste en el exilio has estado atormentándote sin motivo. *(Pausa.)* El convenio era esperar dos días. Antes de hablar.

EDUARDO

(Cortando.) ¡Esperé menos que eso!

MARTA

Bueno, esperar lo que se pudiera. Es lo mismo.

EDUARDO

¡Cómo va a ser lo mismo!

MARTA

Dijimos que era imposible juzgar lo que alguien puede o no soportar en la tortura. Nadie tiene derecho a juzgar su conducta.

EDUARDO

Salvo el torturado. Él sí tiene derecho.

ALEJANDRO

Basta, Eduardo, nada tuviste que ver en lo de mi hermano. Cayó por una delación. (*Eduardo lo mira dudoso.*) (*A Marta.*) Se niega a creerlo. Me pide pruebas, pero no hay pruebas.

EDUARDO

Entonces ¿quién tuvo la culpa?

MARTA

(*Se interpone entre los dos.*) ¡Yo lo sé!

EDUARDO

(*Indicando a Marta.*) Lo dice para devolverme la paz.

ALEJANDRO

(*A Marta.*) ¿Qué quieres decir con eso de que «sabes quién tuvo la culpa»?

MARTA

¡Están ahí culpándose y disculpándose! ¿No se acuerdan entonces que los únicos culpables son «los otros»? ¡Los que torturan y matan! (*Pausa.*) «Culpables son los que persiguen como si fuera el peor de los delitos, el deseo de los hombres de vivir con justicia y dignidad.» (*Mostrando el librito que tiene Eduardo en sus manos.*) ¿No es eso lo que escribiste aquí, Alejandro? (*A Eduardo.*) Son las palabras del Tribuno.

Un silencio.

Eduardo cambiando de actitud abraza a Marta, se le acerca cariñoso Alejandro. Guardan silencio unos instantes.

EDUARDO

(A Marta.) Vamos, «Torcuato», ponte las cadenas. (Él mismo la ayuda, Alejandro sale.) ¿Dónde se fue Juliana? (Juliana usoma esta vez con el caballito de trapo ceñido a su cintura y con el estandarte.) Vuelve a empezar la escena de la prisión. (Lo dice mientras él y Marta toman sus posiciones en la tarima.)

Oscuro.

Música breve de la Gavota. Luz sobre Juliana.

EPISODIO 3 DEL RETABLO

Breve coreografía de Juliana y Chinchinero. Cesa la música.

JULIANA

Sebastián, alma piadosa
sufría al ver torturados
a tantos de sus hermanos
en los negros calábozos.
En secreto y cauteloso
burlando a los carceleros
visitaba prisioneros
aliviando ese dolor:
¡Da consuelo y oración
amor santo y verdadero!

Salen y se animan en el Retablo; Torcuato prisionero, visita de Sebastián.

TORCUATO

¡Un Capitán de la Guardia del Emperador! ¿Qué quieres?

SEBASTIÁN

Confortarte, hermano.

TORCUATO

¿Hermano?

SEBASTIÁN

Sólo visto el traje guerrero para auxiliar a los cristianos.
Fuiste valeroso, Centurión.

TORCUATO

¡Hay luz en tu rostro!

SEBASTIÁN

¡Es tu alma la que alumbraba este lugar tenebroso!

TORCUATO

¡Ay! ¡Qué será de mí!

SEBASTIÁN

Mañana el Procónsul volverá a interrogarte.

TORCUATO

¡No lo voy a resistir! ¿Cuál es tu nombre?

SEBASTIÁN

Sebastián.

TORCUATO

Sebastián, hermano guerrero, ya que ciñes la espada, ¡hazme morir!

SEBASTIÁN

Vine a darte vida, no a quitártela.

TORCUATO

Perderás la tuya si te sorprenden en el calabozo...

SEBASTIÁN

Di conmigo las Escrituras: «Tu corazón no se turbe ni se acobarde, pues no os dejaré huérfanos...»

TORCUATO

«Porque ninguno tiene más gran amor que éste, que es el de poner la vida por sus hermanos.» ¡Ya no siento el peso de mis cadenas! Tu fuerza da fortaleza.

SEBASTIÁN

Repite conmigo: «Si a mí me han perseguido, os perseguirán a vosotros.»

TORCUATO

«Os perseguirán a vosotros...»

SEBASTIÁN

«Pero si mi palabra han guardado, también guardarán la vuestra.»

Música breve. Luz pasa delante de la tarima. Sale Sebastián. Marta quitándose antifaz y cadenas se arroja, sentada en sus talones, en parte delantera, luz sobre ella.

CUADRO V

MARTA

(*Con recogimiento, sacando de sus ropas una carta doblada.*) «Si mi palabra han guardado, también guardarán la vuestra»... Tus palabras, Federico. (*Abre la carta, lee.*) «Marta, mi dulce amor, no estés triste. No me recuerdes en la sangre y en el dolor. ¡Puede haber tanta luz entre los muros de un calabozo! Aunque convives con la muerte, aprendes a amar la vida.» (*Deja la carta, murmura:*) Pasada la medianoche pienso en ti, Federico. Pero no es sólo eso «pensar». Voy recogiendo los hilos de tu recuerdo... y entonces estás ahí, tu presencia imaginada vuelve a ejercer sobre mí el mismo ascendiente. Como si nunca te hubieras muerto. Quizá porque es ilusorio ¡es tan fuerte el lazo que a ti me ata! (*Pausa, retoma la lectura de la carta.*) «Aunque convives con la muerte aprendes a amar la vida. Las

palabras van pasando de boca en boca, de celda en celda. Y se escapan luego, endilgándose por aquellos largos y secretos caminos que las llevan hasta los nuestros. Nada se pierde. Ni los grandes gestos, ni los pequeños sacrificios. Y ahora déjame decirte que pasé bien la prueba. Hablo de aquel túnel tenebroso... Marta, logré sobrevivir. Si a este vegetar puedes darle un nombre. Y lo que estoy ahora dictando llegará hasta ti... algún día.» (*Levanta la vista y le habla a la presencia de Federico.*) No, no te has muerto. Supongo que caminas por un país lejano, inalcanzable. O quizá estés tan cerca que podría tocarte con las manos. (*Se queda quieta, entra atrás Alejandro, ella lo percibe sin moverse. Reanuda la lectura de la carta.*) «Crucé hasta el último umbral y no se abrieron mis labios. ¿Sabes por qué? Porque la única palabra que quería decir, que hubiera querido gritarles ¡no estaba en mi memoria!» (*Se quiebra, queda encogida arrodillada en el suelo, Alejandro tras ella, se inclina para tomar la carta.*)

ALEJANDRO

(*Leyendo la carta.*) «Porque cuando te hunden cuchillos hasta los centros, cuando no eres más que llaga y desgarradura, entonces, buscas desesperadamente una palabra... una sola que contenga la razón de tu lucha... del porqué logras resistir. Ha de ser una palabra simple, pero violenta; más fuerte que el odio, veloz como el rayo que sin herir te ilumina. Recta como la hoja de una espada, capaz de terminar con toda la crueldad del mundo. Existe, ¿verdad? ¡Búscala para mí, compañera! Ha de estar escrita en las galaxias, desde donde nos han de estar mirando a los terrícolas con infinita compasión.» (*Le entrega la carta a Marta.*)

MARTA

(*Levantándose.*) Siempre estaba hablando de las galaxias.

ALEJANDRO

(*Le sonríe.*) Por ahí ha de andar, ¿no crees?

MARTA

Entonces, ya habrá encontrado esa palabra.

ALEJANDRO

¿La conoces?

MARTA

No.

ALEJANDRO

(Pausa, mientras se coloca la peluca y manto.) Sí. La conoces. (Con cariño, acercándose.) La palabra es Amor.

MARTA

¿Cómo lo sabes?

ALEJANDRO

Porque es lo único que NO tenían esos hombres que lo estaban torturando. (Se quedan un instante detenidos en su actitud, mirándose mientras baja la luz hasta oscuro.)

Estallan los compases de la Gavota.

EPISODIO 4 DEL RETABLO

Al volver la luz entra Juliana con el caballito que antes usó Marta, girando y bailando, seguida del Chinchinero. Al terminar la breve coreografía y cesar la música, Juliana recita:

JULIANA

En tiempos de Diocleciano
he aquí que, sin medida,
a los que en su fe perduran
persigue un César romano.
En defensa de los cristianos
piedad clama un Tribuno
¡no lo escucha ninguno!
ni se apiadan de su suerte.

Por clamar contra la muerte
¡pierde la vida el Tribuno!

Sale Juliana. Se animan en el Retablo: Diocleciano, al centro; a un costado, Actor 1, con antifaz, como Galerio; al otro, el Tribuno, (Sebastián, con antifaz y otro atuendo.)

DIOCLECIANO

Habéis venido el uno para acusar,
el otro a defender a los cristianos:
por ser más alto en rango, habla, Galerio.

GALERIO

Señor, las acciones de esta secta son tales ¡que están llamando al pueblo a la anarquía! Predican que todos los hombres son iguales, que la riqueza es vicio y la pobreza, virtud; condenan por injusta, la esclavitud.

Se trata, en suma, de un enemigo interno solapado y manso, pero más peligroso que los bárbaros que combates en la frontera: invaden las Galias, Cartago, Oriente, en Roma han minado el suelo que pisas, ¡como los topos cavan sus catacumbas! ¡Apunta al corazón mismo de su secta o pronto un cristiano regirá el Imperio! Ya los hay entre los nobles y patricios y murmuran que los hay en tu palacio...

DIOCLECIANO

Galerio, ¡habla con tino y despacio! No cometas error si a alguien acusas.

GALERIO

Los dioses me libren de ser un delator. Mas, si hay alguien que de tu confianza abusa, cuídate de él, mi señor...

Un silencio.

DIOCLECIANO

Habla, Tribuno.

TRIBUNO

Quiero recordarte, Sacratísimo, que en tiempos de Nerón, el pueblo romano clamaba a voces «los cristianos a las fieras», se mataba entonces sin juicio ni sanción para divertir al pueblo con su sangre. ¿Y por qué se les persigue y condena? Sólo porque se niegan a rendir culto a unos dioses en los que ya nadie cree, dioses que entre ellos se devoran, guerrear, y se matan por la belleza de una reina. Señor, la fuerza moral de los cristianos no es para el pueblo romano un perjuicio, más que un mal ¡es un bien que lo beneficia!

GALERIO

(Burlón.) ¿A qué llamas, Tribuno, «fuerza moral»?

TRIBUNO

Recuerda que antaño en la arena del circo las fieras salvajes al ver a los cristianos se quedaban quietas, sin hacerles daño.

GALERIO

(Acusándolo.) ¡Tú lo admiras!

TRIBUNO

¿He de morir por eso?

GALERIO

No sin antes ser juzgado; a un cristiano no se le condena sin juicio.

TRIBUNO

¡Protesto! No se les interroga debidamente, ni se les juzga en lugares de justicia. A ellos la Ley de Roma no se aplica en igual forma que a los delincuentes.

GALERIO

Porque un ladrón y hasta un criminal comparado al cristiano ¡es más inocente! ¡Intentaron quemar el palacio imperial y profanar el templo de la diosa Juno!

TRIBUNO

¡Calumnia! ¡Culpable es quien manda a sus esclavos a cometer en sombra tales delitos para alzar al pueblo contra los cristianos!

DIOCLECIANO

¿Puedes probarlo, Tribuno?

TRIBUNO

No, señor, de quienes tan alto se hallan situados ¿hay alguien que pueda probar sus acciones? Y de haberlos —digo, con vuestro perdón— ¡siempre hay alguien más alto para encubrirlo!

GALERIO

¡A mí y a ti nos insulta, Diocleciano!

Diocleciano los mira a ambos, indeciso, deseando proteger al Tribuno.

TRIBUNO

Ni calumnias ni falsas acusaciones justifican la violencia del castigo: ¿Podrían ellos oponer resistencia ante el poderío de tus legiones? Cuando regía el emperador Adriano diez mil inocentes fueron masacrados, ¡su único delito era su doctrina! ¿Decir cristianos es pues decir criminales? Y ahora ante ti yo acuso a Galerio de haber hecho incendiar el templo de Juno ¡para inculpar a los seguidores de Cristo!

DIOCLECIANO

(Autoritario, seco.) Responde, Galerio.

GALERIO

Aún si así fuera la desobediencia a tus edictos es motivo suficiente de condena. ¡Debes pues dictar sentencias más estrictas! y juzgar al Tribuno por lo que aquí ha dicho.

DIOCLECIANO

Eso pide Galerio. ¿Qué pides, Tribuno? En breves palabras procura decirlo.

TRIBUNO

En breves palabras, señor ¡no más muertes, no más persecuciones, no más torturas! Lo que estás persiguiendo es la inocencia, el anhelo de justicia y de vivir más dignamente. Y ahora, permitid que al retirarme ¡te insista en la clemencia!

Al decirlo, hace un gesto para retirarse.

GALERIO

¡No lo dejes ir! Se delata: ¡es un cristiano!

Guardias, ¡a él! (*Hacia afuera.*) ¡Prendedle antes que huya!

Retrocede para salir tras el Tribuno, Diocleciano lo detiene.

DIOCLECIANO

Aguarda: ¿de quién dices que en el palacio me debo cuidar?

GALERIO

(*Desafiante.*) ¡De quien a ti te cuida!

Se congela la acción. Música breve. Oscuro.

INTERMEDIO

SEGUNDA PARTE

Al volver la luz después del intermedio, todos los actores están en escena, arreglando el Retablo para los episodios en que se mostrarán lienzos, o arreglando velas en flores de papel. Los hombres, Chinchinero, Alejandro y Eduardo, trabajan en el Retablo. Juliana está con su canasto para vender flores y cirios; Magdalena, siempre con sus lentes oscuros, se ocupa en un rincón de una prenda del vestuario. En el centro, o separadas de los otros grupos, las tres Madres trabajan en una arpillera. El Actor 1 puede estar tocando el organillo. Marta arregla su caballito de trapo, cerca de Magdalena.

CUADRO VI

CHINCHINERO

(A Alejandro.) ¿Sabía usted que al santito que se venera aquí en Yumbel por poco lo quemaron? Lo quisieron profanar. Hace ya cien años de eso.

ALEJANDRO

¿Cómo fue?

CHINCHINERO

Dicen que unos jóvenes «perversos», enojados por tanta devoción que le tenían al santo, se lo robaron de la iglesia y... usted conoce las décimas, Juliana. Dígalas, pues.

JULIANA

(Sube a la tarima y recita con gracia.)

Unos jóvenes malvados
 la robaron del altar
 buscan, buscan, sin hallar
 la estatua, desesperados...
 Y ahí en la arena enterrada
 un pastorcito la halló:
 en vano esa gente intentó
 en un jolgorio quemarla:
 ¡Era tan antiguo el santo
 que la madera no ardió!

El Chinchinero subraya con sus golpes en la caja y platillos.

ALEJANDRO

¿Así es que al San Sebastián de Yumbel lo entierran, lo desentierran, y en el siglo pasado, otra vez lo entierran en la arena y lo vuelven a desenterrar? Es extraño: porque allá en Roma, a San Sebastián, después de su martirio lo ocultan y lo encuentran para darle sepultura cristiana.

JULIANA

Y también a los diecinueve dirigentes que detuvieron en Laja y San Rosendo. Dos veces los entierran y desentierran.

Las tres Madres al oír esto último han vuelto la cabeza hacia ellos.

CHINCHINERO

Sí, pues. Primero los sepultaron en el bosque de pinos, donde los fusilaron..., también en un jolgorio, ¿no ve que hallaron botellas vacías de licor enterradas, ahí mismo? *(Las Madres hacen un movimiento como acusando el golpe y siguen trabajando.)* Es que era en vísperas de las fiestas patrias, en septiembre. Pero a los pocos días unos perros se pusieron a escarbar y tuvieron que sacarlos de ahí. De noche los fueron

a tirar al cementerio, aquí en Yumbel. (*Saliendo con Alejandro y Juliana.*) Y ahí quedaron, seis años. Sin señales ni cruces.

Luz sobre las Madres, que hablan serenamente, como acostumbran mientras bordan la arpillera. Luego de un silencio, retoman la última frase.

MADRE 1

Seis años. Sin señales ni cruces,

MADRE 2

Seis años en los que tuvimos alguna esperanza.

MADRE 3

Fue doloroso hallarlos en esas condiciones, pero pudimos darle sepultura cristiana,

MADRE 2

Esa fue una conformidad.

Breves notas de un cello, o contrabajo, de separación.

Marta y Magdalena en segundo plano escuchan inmóviles.

MADRE 3

Muchos familiares no encuentran todavía a los suyos, y siguen con la esperanza de hallarlos vivos.

MADRE 1

«Vivos los llevaron, vivos los queremos», es la consigna en otros países.

MADRE 2

¿Otros países?

MADRE 1

Hay desapariciones en Argentina, Uruguay, Bolivia, El Salvador, Guatemala, Colombia... y tantos países de América Latina.

MADRE 3

Dicen que las Madres de la Plaza de Mayo, en Argentina, escriben sus nombres en los carteles, y siguen con esperanza de encontrarlos...

Música incidental breve.

MADRE 2

Yo pido justicia porque hemos vivido engañadas durante seis años por la mentira de que aquí no había muerto nadie.

MADRE 3

Yo pienso tan limpiamente que ruego a Dios por los hijos de los que dispararon... para que esos niños no tengan que sufrir por la culpa de sus padres.

MADRE 2

Cuando vi que mi esposo no llegaba lo busqué en la Tenencia. Ahí recién vine a enterarme que era dirigente y daba la pelea en el Sindicato.

MADRE 3

Yo también fui a la Tenencia, pero al segundo día ya no estaba ahí. Lo habían trasladado, dijeron, al Regimiento de Los Ángeles. Allá fui. En el Cuartel me lo negaron. «Vea, señora, su nombre no está en la lista de detenidos.» «Busquen bien, tiene que estar», les dije. «Señora, váyase», me contestó uno medio enojado. Total, ¡me metieron guapo para que me corriera!

MADRE 2

También tuve que ir a Los Ángeles. Y de Los Ángeles fui a Concepción. Anduve por Talcahuano, por todas partes anduve.

MADRE 3

Presenté Recurso de Amparo, cosas legales, hice todo lo que me aconsejaron. ¡Seis años buscándolo!

MADRE 2

¡Seis años que de ellos no supimos!

Música, siguen trabajando en silencio.

MADRE 2

Yo sabía entre mí que estaba muerto, porque lo veía en sueños. «Para qué me busca tan lejos si estoy aquí», me decía. (*Pausa.*) Cuando lo sepultaron volví a soñar con él: me ponía su manito en la cara y me decía: «¡Cuídeme a mis hijos!» Desperté llorando. Y le grité: «Aquí están todos tus hijos...»

MADRE 3

A mí no me costó reconocerlo: «Mire con calma», me dijo el doctor. ¡Cuando voy viendo su placa dental! No, no me costó reconocerlo.

MADRE 2

Yo asistí a los tribunales, estuve en los careos, ¡fue tremendo! Esos mismos que delante de nosotros los habían ido a detener, negaron todo. ¡Así, todo!

MADRE 3

Total, andaban tranquilos: de antemano sabían que los iban a amnistiar.

MADRE 2

Pero fue un consuelo oír al fin la verdad, ahí, públicamente, en los Tribunales de Justicia.

Música breve de separación. Las tres Madres se retiran con la arpillera, entra Actor 1, que viene a colocar el ángel dorado para la escena siguiente (cárcel de Sebastián.) Hace una seña a Magdalena que está a punto de retirarse.

ACTOR 1

Magdalena, ¿me puedes ayudar con esto? (*Indica el ángel a la cuerda donde lo debe colgar para subirlo.*)

MAGDALENA

Sí, por supuesto. (*Ayuda a Actor 1.*)

ACTOR 1

Nunca te quitas los lentes oscuros.

MAGDALENA

No. (*Sonríe tímidamente.*)

ACTOR 1

¿Tienes algún problema con la vista?

Un silencio. Lo mira indecisa, por fin responde con voz entera.

MAGDALENA

«Allá» nos tenían siempre con una venda negra en los ojos. (*Ante la mirada del Actor 1.*) En el campo de prisioneros.

Ha entrado Marta. Va hacia el canasto a buscar el caballo de trapo; Magdalena va hacia ella y luego mientras charlan la ayuda a ponérselo.

ACTOR 1

¿Piensas mucho en esos días?

MAGDALENA

Me parece que todavía sigo en esa oscuridad.

MARTA

Las señoras de la Agrupación me dijeron que tenías un hijo.

MAGDALENA

Sí. Lo dejé en Concepción con sus abuelos. (*Ellos la miran con extrañeza.*) Mis padres son chilenos.

MARTA

Magdalena, desde que estás trabajando con nosotros, es la primera vez que aludes a tu prisión.

ACTOR 1

(Acercándose.) Y te haría bien hablar, ¿no crees?

MAGDALENA

Hablar... (Se detiene en su gesto, pensativa.)

ACTOR 1

Del golpe militar en la Argentina.

MAGDALENA

(Como si no le conociera, voz casi impersonal.) Marzo de 1976. Notamos un cambio de valores. Total. Y muy evidente. Oías siempre las mismas frases en la radio y la televisión: «La seguridad de la nación, el orden de la nación. Estamos aquí para salvar este país del caos. La seguridad de los ciudadanos argentinos... Repetidas hasta la majadería. (Pausa.) No pensé que nos ocurriría algo, había... esa inocencia en los medios de comunicación... (Los mira a ellos.) Y tú de seas creer lo que dicen. Aunque estés viendo los operativos, los crímenes, la impunidad... (Se interrumpe porque se muestra Juliana con la bandera.)

JULIANA

Vamos a empezar. (A Marta.) Quinto Episodio.

Magdalena se retira, actor termina de fijar el ángel en el Retablo. Entra el Chinchinero. Luz baja hasta semipenumbra, y vemos esta vez, cómo Diocleciano y Sebastián se colocan en la tarima. Gavota.

EPISODIO 5 DEL RETABLO: PRISIÓN DE SEBASTIÁN

Luz fuerte con tonos dramáticos sobre el Retablo: Sebastián con túnica, encadenado; Diocleciano, sin sus galos, lo visita, el ángel.

Con breve coreografía se mueven Juliana, Marta con caballo, Chinchinero. Cesa la música, se inmovilizan. Juliana recita las décimas.

JULIANA

Sebastián encadenado
acusado de traición
es llevado a la prisión
y a muerte condenado.
Lo visita Diocleciano
y le ruega con fervor
que reniegue de su dios
por ganar su libertad:
«¡Si te matan, Sebastián,
para mí será el dolor!»

Sale Juliana y acompañantes. Se animan los personajes en el Retablo.

DIOCLECIANO

¡Al capitán de mi guardia
lo acusan de traición!
¿Qué delito has cometido?

SEBASTIÁN

¿No juzgan crimen mayor
el crimen de ser cristiano?

DIOCLECIANO

¡Visitas los calabozos
y alientas a tus hermanos
a renegar de los dioses!

SEBASTIÁN

¿No has venido tú a pedirme
que reniegue de mi Dios?

DIOCLECIANO

Dolido y entre sombras
me allego a ti como un ladrón...

SEBASTIÁN

Tú ordenaste mis cadenas.
¿Qué quiere el Emperador?

DIOCLECIANO

¡Oír la verdad de tus labios!

SEBASTIÁN

Lo que oíste, ¡es así!

DIOCLECIANO

Eras tú mi predilecto
como a un hijo te escogí...

SEBASTIÁN

Sabías que era cristiano
con deberes que cumplir.

DIOCLECIANO

¡El capitán de mi Guardia
sólo a mí debe servir!

SEBASTIÁN

No sirvo yo al que envía
mis hermanos a morir.

DIOCLECIANO

Te concedí mis favores
y el más grande: ¡mi amistad!

SEBASTIÁN

Sigo siendo tu deudor
por lo mucho que me has dado.

DIOCLECIANO

(*Rogando.*) No has de ofender a tu Dios
fingiéndolo sacrificar
a nuestros dioses romanos...
¡Hazlo por mí, Sebastián!
Muchos que así lo hicieron
ganaron su libertad.

SEBASTIÁN

Y hoy su flaqueza maldicen
no logran hallar la paz.
¡Deja ya de perseguirlos!

DIOCLECIANO

Sebastián, vano es tu empeño:
Galerio se alzaré en armas.

SEBASTIÁN

¿No eres tú el Augusto y «Dueño»?
¿Manda el César más que tú?
¡La paz desea tu pueblo
no es vida la que le das
sembrando el campo de muerte!
No en el odio, en el amor
hallarás paz verdadera:
manda pues en tus edictos
¡Sí a la vida. No a la muerte!

DIOCLECIANO

(*Con enojo.*) ¡Nuestra ley es nuestra ley!
¡No sé yo de otra mejor!
Roma debe su grandeza
al valor de sus legiones,
no a la paz sino a la guerra
¡y a su código de honor!

SEBASTIÁN

Hay quién no precisó espada
ni alardes de valor,
para que las multitudes
le aclamaran su señor:
vino a enseñar el camino
el de nuestra salvación.

DIOCLECIANO

Si me hablas de tu maestro
—aquel que llaman Jesús—
¡nadie lo pudo salvar
de morir en la tortura!

SEBASTIÁN

Su palabra sigue viva,
nos llega en ella la luz:
sus seguidores predicán
la justicia, la virtud...

DIOCLECIANO

(*Agobiado.*) ¿Qué podría hacer contigo?

SEBASTIÁN

(*Irónico.*) Hazme morir en la cruz,
¡así salvas al Imperio!

DIOCLECIANO

¡Ay, testarudo, te burlas!

SEBASTIÁN

¿No enviaste ya tus arqueros
para quitarme la vida?

DIOCLECIANO

¡Si te mando a asaetear
me han de doler tus heridas!

y para ordenar tu muerte
¡ninguna razón tendría!

SEBASTIÁN

Yo sé que por mis creencias
me van a quitar la vida,
tú, mi verdugo, ¡ignoras
por qué razón me la quitas!

DIOCLECIANO

(Herido.) ¡Por llamarme tu verdugo
da tu causa por perdida!

SEBASTIÁN

Ganada para los cielos
que mi Dios vela por mí:
El que habla por mi boca
te aventaja en poderío.

DIOCLECIANO

¡Ya firmaste tu sentencia!
Y a ese Dios lo desafío,
cuando sufras el martirio,
¡a salvarte de morir!
¡Venid por él, mis flecheros!
¡A él, mis guardias, venid!
Dad muerte al Capitán
que cuidados me debía...
¡Ruega a tu Dios, Sebastián,
que cuide él mejor de ti!

Oscuro.

Al volver la luz, puede haber música breve de separación. Vemos a Magdalena, con sus anteojos oscuros, donde antes la vimos, sentada inmóvil en un escaño. Dará su testimonio con voz impersonal.

CUADRO VII

MAGDALENA

«Me detuvieron en Buenos Aires, en abril de 1977. Tenía un embarazo de dos meses. El mismo día detuvieron a mi compañero, en la vía pública. Me sacaron con violencia de mi casa y me arrojaron al piso de uno de los automóviles que realizaban un "operativo". En el campo de prisioneros que llamaban "El Chupadero", me bajaron —siempre a gritos y a golpes— y me obligaron a correr en todas direcciones, con la vista vendada, haciendo que me estrellara contra las paredes y tropezara con los detenidos que estaban en el suelo. Durante cinco días estuve atada a mi compañero; todos esos días le aplicaban a él la picana eléctrica. (Pausa.) No se cuántas veces fui vejada... y violada.»²

Puede haber música breve de separación antes y después del testimonio. Ahora se irá desarrollando, mientras la luz sobre el Retablo muestra a Juliana que recita, alternando con el testimonio de Magdalena, la historia del martirio del santo. En el Retablo dos Madres cuelgan una arpillera que ilustra las décimas: «A un árbol es atado.»

JULIANA

Conmovido y con dolor
da la orden Diocleciano
que a un árbol sea atado
quien fue su guardia de honor.

Compases de música.

MAGDALENA

«Al año trasladaron a mi compañero. Traslado era sinónimo de muerte, era ser conducido a un pozo de cal y dispararle ráfagas que lo hacían caer dentro. Lo trasladaron junto con otros dieciséis prisioneros que hasta hoy figuran en las listas de detenidos-desaparecidos.»

² Fragmentos tomados del testimonio escrito de una mujer argentina.

Compases de música, cae el segundo telón (arpillera bordada o tela pintada que representa, pintura ingenua, los flecheros.)

JULIANA

Y ordena el Emperador
que vayan siete flecheros,
los más fieros y certeros
para quitarle la vida...

Compases de música.

MAGDALENA

«Poco después de mi liberación nació mi hijo. Pronto tendré que explicarle que secuestraron a su padre en su país, su patria, por el solo delito de luchar por una vida más justa.»

Compases de música:

JULIANA

¡En lugar de siete heridas
le encienden siete luceros!

En el arco central han puesto un telón con la imagen de San Sebastián flechado con siete orificios, que al decir sus versos Juliana, semejan siete luceros, con luces encendidas atrás, o si se quiere, con las Madres que pasan con sus cirios tras la arpillera o telón.

Compases de música.

MAGDALENA

«Entrar a una cárcel clandestina es encontrarse súbitamente despojado de todo sistema defensivo. Es ser arrojado al fondo de un abismo. Pero sufrir la agonía de esperar día a día la muerte cuesta menos. ¡Si sabemos con certeza cuáles son nuestras esperanzas!

Las Madres se han acercado a Magdalena, que en este último parlamento se ha quitado sus lentes oscuros, y

le pasan un velo, como el que ellas mismas llevan. Salen las Madres con Magdalena.

EPISODIO 6 DEL RETABLO

Esta vez, sin transición, se pasa al último Episodio romano. Los personajes, Diocleciano y Sebastián están ya en escena, sobre el Retablo (donde quedan tendidas las arpilleras). Diocleciano está con su manto púrpura y diadema, Sebastián cubierto de una túnica o capa con una capucha, como los hábitos de monje. La escena tiene lugar en las escaleras del palacio. Sebastián estará sentado al borde de la tarima y Diocleciano entra y sube hacia el Retablo. La salida de Magdalena es simultánea con la acción.

JULIANA

(Que ha permanecido sobre el Retablo, baja para recitar las décimas:)

Y tendido en aquel huerto
le dejaron malherido
con siete flechas prendido
y dándolo por muerto.
Cuando se van los arqueros
llegan dos santas cristianas
y sus heridas le sanan.
¡Sebastián vuelve a la vida!
Y su promesa no olvida
de rogar por sus hermanos.

Sale Juliana.

DIOCLECIANO

(Cuando Sebastián alza su capucha.) ¡Sebastián..., ordené tu muerte!

SEBASTIÁN

Y a mi Dios desafiaste a que me conservara la vida.

DIOCLECIANO

¿Qué brujería hiciste? ¡Convertiste con tus prédicas a mis arqueros en cobardes! ¡Pagarán por su desobediencia!

SEBASTIÁN

Ellos cumplieron: mira mis cicatrices. (*Abre algo su capa.*)

DIOCLECIANO

¡Por todos los dioses! ¿Quién pudo curar así incurables heridas?

SEBASTIÁN

Dos santas mujeres que me hallaron en el huerto. No culpes a tus flecheros: me dejaron ahí por muerto.

DIOCLECIANO

Si tanto poder tienes para salvarte de morir ¿por qué no me conviertes en esclavo vil, o en piadoso cristiano, y te ahorra así tantos afanes?

SEBASTIÁN

Verás la luz, sólo si tú quieres verla: libre es la voluntad del hombre.

DIOCLECIANO

No la tuya que vienes a mí «mandado»... por tu Dios.

SEBASTIÁN

Su siervo soy, pero escogí libremente a quién servir. La fe en sus creencias no esclaviza al hombre. También tú, Diocleciano, eres libre para ordenar que los cristianos mueran ¡o para ordenar que vivan!

DIOCLECIANO

(*Le vuelve la espalda.*) ¡Basta! No quiero oír más. (*Pausa.*)
¿Por qué sigues atormentándome? ¿A qué viniste al palacio?

SEBASTIÁN

¡A interceder por mis hermanos! Y porque quiero tu salvación.

DIOCLECIANO

¿Por qué?

SEBASTIÁN

Por el amor que te tengo.

DIOCLECIANO

(Dolido.) Y yo... por el amor que te di y que tú me dabas, ¿debo firmar dos veces tu sentencia de muerte? *(Se miran en silencio.)* ¿Volverá tu Dios a salvarte?

SEBASTIÁN

No tendré nueva ocasión de hablarte. *(Pausa.)* Da tu perdón, Diocleciano, acaba esta injusta querrela. O tu fin será muy duro.

DIOCLECIANO

(Reacciona, irónico.) ¿Sabes predecir el futuro? Puedes leer en las estrellas como los agoreros que rondan el palacio. *(Sonríe.)* ¿Qué ves en mi porvenir?

SEBASTIÁN

(Serio.) Aflicción. Te traicionará tu César Galerio. En cuanto renuncies al mando.

DIOCLECIANO

Será mi sucesor. ¿Para qué mancharse con sangre mía?

SEBASTIÁN

Derramará sangre tuya, pero no manará de tu cuerpo.

DIOCLECIANO

¿De mi linaje? *(Sebastián asiente.)* *(Afligido.)* ¡Mi hija! *(Reacciona.)* No. No tengo por qué creer en tus predicciones.

SEBASTIÁN

Antes de morir, verás derrumbarse lo que tanto trabajo te costó construir.

DIOCLECIANO

(*Incrédulo.*) ¿Mi hermosa ciudad de Nicomedia?

SEBASTIÁN

El Imperio.

DIOCLECIANO

(*Estalla.*) ¡Mientes! Lo que hice perdurará en la memoria de los hombres. Reconocerán mis méritos, cantarán mi gloria.

SEBASTIÁN

Maldecirán tu nombre por perseguidor de cristianos.

DIOCLECIANO

¡No quedará uno solo de ellos sobre la faz de la tierra para hacerlo!

SEBASTIÁN

(*Como iluminado, mirando ante sí.*) Habrá miles y miles... Saldrán de las cárceles, de la oscuridad de las minas y catacumbas, vacilantes, enflaquecidos, pálidos como un ejército fantasmal. Pero van cobrando fuerzas, entonan sus himnos, reconstruyen sus templos, llevan la «Buena Nueva» hasta el último rincón de la tierra...

Se oye una clarinada.

DIOCLECIANO

¡Huye, Sebastián! Se acerca Galerio. ¡Entra al palacio y arreglaré tu fuga!

SEBASTIÁN

Si huyo dirás: era un cobarde, no tuvo la fuerza de mantener sus convicciones. Si muero, quizá recuerdes mis palabras, quizá la semilla de su fruto.

DIOCLECIANO

(*Lo urge.*) ¡Huye! ¡Quiero salvarte!

SEBASTIÁN

¿Y quién salvará a los que mueren por tus edictos?

DIOCLECIANO

(*Oyendo otra clarinada.*) ¡De prisa! ¡Sólo tú me importas, porque más que un hijo te considero!

SEBASTIÁN

Dices «sólo mi hijo me importa» y no te avergüenzas. A los que injustamente persigues ¡todos los hijos! —los hijos de todos— les importan. (*Se vuelve, ocultando su rostro porque ha entrado Galerio.*)

GALERIO

Te saludo, Diocleciano. ¿Quién se atreve a importunarte en la escalera de tu palacio?

DIOCLECIANO

(*Disimulando su temor.*) Un agorero que lee el futuro.

GALERIO

¿Qué te ha predicho?

DIOCLECIANO

(*Vacila, luego, con tono agresivo.*) Que mi César Galerio, en cuanto me suceda en el trono, derramará sangre de los míos.

GALERIO

¡Vaya! ¿Y a mí qué mentiras me anuncias? ¡Habla!

SEBASTIÁN

(*Se descubre, Galerio lo mira extrañado.*) Caerás víctima de un mal que te hará maldecir la vida por tus dolores. Entonces firmará la paz con los cristianos.

GALERIO

¡Eres tú el que va a morir, capitán traicionero, maldiciendo la vida por tus dolores! (A Diocleciano). ¡Ordenaste su muerte!

DIOCLECIANO

Mis arqueros atravesaron su cuerpo, pero ¡se cerraron sus heridas!

GALERIO

¡Cristiano y brujo... a la hoguera! No. Tu Dios podría salvarte del fuego. Haré que te mutilen a garrotazos y que luego te degüellen ¡a ver si tu Dios junta lo que yo separo! Tus restos serán arrojados a la cloaca de Roma, donde nadie te halle para rendirte homenaje de mártir. ¡Prendedlo! ¡Te condeno, Sebastián, al eterno olvido!

Música breve subraya sus palabras mientras entra Juliana con el estandarte de Sebastián y ellos se retiran.

CUADRO VIII

Las tres Madres, a la que se agrega Magdalena, (Madre 4) —con velos negros transparentes sobre el rostro, actúan ahora como un coro popular, mientras Juliana en la tarima continúa con las décimas que rematan la historia de San Sebastián en Roma.

JULIANA

Y su espada desenfunda
Galerio encolerizado.

«¡Degolladlo y arrojadlo
a una cloaca inmunda!»

MADRE 1

Extraña cosa, siempre lo mismo.

MADRE 4

¿Cómo el hombre, puede hacerle eso al hombre?

CORO

¡Siempre lo mismo!

MADRE 2

La carne adherida al trapo.

MADRE 3

Los alambres en los huesos.

MADRE 1

En un horno de cal.

MADRE 2

En la tierra clandestina.

MADRE 4

En la escoria, donde el que tuvo un nombre, lo pierde.

MADRE 1

Y sus huesos se calcinan.

MADRE 4

En un pozo.

MADRE 1

Baja usted por los siglos y están martirizando a los cristianos
y ocultando sus despojos.

CORO

¡Extraña cosa, siempre lo mismo!

Compases de música.

JULIANA

(Con el estandarte.)«¡Ved que la orden se cumpla!
Y la orden fue cumplida:

ya sangra por mil heridas
 está nimbado de luz
 con la señal de la cruz
 ¡el santo entregó la vida!»

Compases de música.

MADRE 2

Es duro para una madre tener un hijo desaparecido.

MADRE 1

¡Más duro es hallarlo y saber cómo perdió la vida!

MADRE 3

¡Mejor no lo hubieran hallado!

MADRE 1

(*Avanzando, algo, más en evidencia.*) ¡No! Ahora nada es mejor, todo es peor; saber —o no saber de un desaparecido, hallarlo muerto ¡y ver cómo lo han dejado!

Madre 1 se dobla con su dolor, las otras recitan como en un canon.

MADRES 2, 3 y 4

Tenías los pies... las manos... la garganta, los pies, las manos, la garganta, los órganos vitales, los pies, las manos... mutilado, mutilado, mutilado...

MADRE 1

¡Degollado!

Un breve estallido, en montaje sonido. Un silencio.

JULIANA

Llevan sus restos sagrados
 hasta un desagüe escondido
 pensando que en el olvido
 quedarían sepultados.

MADRE 4

¡No podemos olvidar!

CORO

¡No debemos olvidar!

MADRE 4

Los horrores con el transcurrir del tiempo podrían parecer-
nos menos horribles.

MADRE 2

Podríamos acostumbrarnos al gesto de tomar en nuestras
manos un trozo de mandíbula y decir: «Sí, es él: mi hijo
era bondadoso.»

MADRE 3

O al ver salir de la tierra un cráneo agujereado, murmurar:
«Mi hijo nunca le hizo daño a nadie.»

MADRE 2

O al reconocer en un andrajo algo que le tejimos con nues-
tras manos junto al fuego mientras se doraba el pan, digamos:
«Mi esposo era tranquilo, siempre cumplió en el trabajo...»

MADRE 1

*(Se quita el velo y se sitúa ya en un extremo antes de ha-
blar.)* Hijo, con tu muerte ¡yo perdí la vida! No permita
nadie que lo ocurrido caiga en el silencio, caiga en el olvido...

Un silencio.

JULIANA

Sus restos han ocultado
pero vano es el afán
él dio aviso a una santa
de su entierro clandestino:

CORO

¡Hoy saben los peregrinos
dónde yace Sebastián!

Ahora las madres, siguiendo a Juliana con el estandarte, se desplazan en círculo, Madre I se queda en su sitio, dirán turnándose los parlamentos.

LAS MADRES

Y JULIANA

- No queremos la venganza, pero tampoco el olvido.
- No los llamen «los diecinueve de Yumbel».
- Los catorce de Lonquén.
- Los dieciocho de Mulchén.
- No pueden ser sólo un número... una cifra.
- Detrás de la cifra no cabe más que el nombre, y no hay lugar para el hombre.
- Y para el dolor de quienes lo amaron.
- Queremos sentirlos presentes.
- Llamarlo por el nombre con que los saludábamos cada día.
- Hablar de cómo era, qué decía.
- Hablar de sus dolores, sus alegrías.
- Sus esperanzas también...

MADRE I

Hijo, desde que volví a la vida ¡no hay un día en que no sienta tu presencia y oiga el sonido de tu voz!

JULIANA

Qué triste celebridad
la que tuvo Diocleciano
perseguidor de cristianos,
¡lo predijo Sebastián!
Decía en su ancianidad:
«mi imperio se derrumbó
y mi gloria se extinguió»,

y al decirlo, lloraba.

«¡Ay, Sebastián —le clamaba—,
sólo tú me diste amor!»

Compases de música, luz sobre Madre 1.

MADRE 1

Hijo, ¿dónde te llevaron? ¿Qué hicieron contigo? (*Pausa.*) «Está oscuro, madre; abro y cierro los ojos y está oscuro. Tengo las manos atadas, el cuerpo doblado y hace frío.» (*Pausa.*) Hijo, nunca dejaremos de buscarlos, aunque siempre den las mismas respuestas: véase a fojas 2, el trámite es lentísimo, hay que hacer algunas consultas, no está detenido, no se sabe, no hay lugar... El Hábeas corpus ¡no salva a nadie del martirio! (*Pausa.*) «Madre, piensa que un pueblo no se acaba, que un río no termina, que tú seguirás creyendo y construyendo, junto con las gentes sencillas, con tus manos, con futuro ¡si te puedo dejar dignidad para siempre!» (*Pausa.*) Hijo, quieren romperte a pedazos negándote la vida, sin concederte tampoco la muerte... Y los jueces escribirán tranquilos «agréguese al expediente, tramítese, archívese... ¡olvídese!» Porque para algunos lo importante son las instancias cumplidas... que se agoten los recursos legales, ¡aunque la vida se agote mucho antes! (*Pausa.*) «Madre, siento deseos de morir a cada instante, mi victoria no es otra que la del silencio, el desmayo, el segundo en que puedo descansar, la idea fija de no hablar, y decirte que soy el mismo de antes. Porque después de todo, tenemos la sangre limitada, un corazón que se cansa, la falta de aire, mucha sed y más hambre...

¡Pero no dejes, mujer, que nos maten el alma antes de tiempo!»³

Música incidental.

Las otras madres y los actores, Chinchinero y Juliana

³ El monólogo de *Madre 1* está construido sobre un poema de José Manuel Parada, asesinado en 1985, que él escribiera a raíz de la detención y desaparición de su suegro, Fernando Ortiz, en 1976.

se desplazan ahora y la Madre 1 se une a ellos, en una procesión. Alejandro y Marta les ofrecen unas velas dentro de claveles rojos de papel que parecen pequeños farolitos chinoscos y también les dan un papel donde están los nombres que dirán luego de los diecinueve dirigentes hallados en el cementerio de Yumbel.

MADRE 2

No permitas, Sebastián, que olvidemos a los ausentes

VOCES

No lo permitas.

MADRE 3

La vida tiene tantísimos afanes y somos tan propensos al olvido.

MADRE 4

Si olvidamos el pasado ¡estaremos condenados a repetirlo!

VOCES

No lo permitas, Sebastián.

MADRE 1

Por eso, al recordarlos, diremos ¡nunca más!

VOCES

Nunca más... nunca más...

La procesión puede bajar a la sala y volver a subir, precedida por Juliana que lleva el estandarte. Todos van nombrando a los muertos, en una voz, y responden en coro la letanía llevando el papel en una mano y un cirio dentro de un clavel en la otra.

UNO

Juan Acuña.

- ROGACIÓN**
- CORO**
- Ruega por él.
- UNO**
- Luis Araneda.
- CORO**
- Te lo encomendamos, Sebastián.
- UNO**
- Manuel Becerra.
- CORO**
- Cúidalo, Santo Doncel.
- UNO**
- Rubén Campos.
- CORO**
- Ruega por sus almas.
- UNO**
- Juan Jara, Fernando Grandón.
- CORO**
- Llévalos nuestro amor.
- UNO**
- Jorge Lamaña, Heraldo Muñoz, Federico Riquelme.
- CORO**
- Te los encomendamos, Sebastián.
- UNO**
- Oscar Sanhueza, Luis Ulloa, Raúl Urra.
- CORO**
- Cúídalos en el Santo Reino.

UNO

Juan Villaroel, Jorge Zorilla, Eduardo Gutiérrez.

CORO

Cúdalos, Santo Doncel.

UNO

Mario Jara, Alfonso Macaya, Wilson Muñoz.

CORO

Llévalos nuestro amor.

JULIANA

Desde tu santuario de Yumbel ¡protégenos para que podamos construir una patria libre, donde reine la justicia!

MADRES 2 y 3

¡Danos esa esperanza, Santito milagroso!

Estalla un compás de polca, puede ser el actor que toca un organillo callejero, y que acompaña el Chinchinero.

JULIANA

¡Hoy es la fiesta de San Sebastián!

TODOS

¡Albricias le damos al santo!

CHINCHINERO

¡Ya llegan los peregrinos!

De modo sorpresivo, se forma un espectáculo popular en la plaza con la pasada de una pareja (actores) con máscara graciosa bailando la polca, y luego unos pasos de cueca, cruzando el escenario; o bien lo hará alguien manejando marionetas populares; puede entrar un actor

en zancos, usar muñecos de papel que representen a Diocleciano y Sebastián, globos, el vendedor con carrito, etcétera.

*Las Madres que se han quitado el velo y dejado los ci-
rios, se unen a la fiesta de los peregrinos.*

CORO

Hasta el pueblo de Yumbel
a saludarte venimos
nuestro Sebastián querido
con un verso y un clavel.

VARIOS

¡Viva el Santo! ¡No olvides a tus peregrinos!
*Algunos llevan banderas con los colores del santo, ama-
rillo y rojo, y luego de unas vueltas que da el Chin-
chinerero, tocando caja y platillos, Juliana sube a la ta-
rifa y anuncia:*

JULIANA

¡Atención! (*Redoble de caja.*) Hoy, 20 de enero, fiesta de
nuestro patrono San Sebastián, los actores acaban de repre-
sentar para ustedes la obra que cuenta su vida y martirio,
llamada... (*Redoble caja y platillos.*)

TODOS

¡Retablo de Yumbel!

*Música para la canción final (marcha) en una línea,
frente al público.*

Hoy te invocan en Yumbel
tu santuario es ya famoso
te dan culto fervoroso
peregrinos en tropel.
Antes en Roma y después
el que baila y el cantor

dice alegre y con fervor:
 ¡Entre la tierra y el cielo
 es la injusticia un flagelo
 y su remedio el amor!

Repiten, avanzando.

¡Entre la tierra y el cielo
 la injusticia es un flagelo
 y su remedio el amor!

VARIOS

¡Viva el Santo! ¡No olvides a tus peregrinos!

Algunos lloran lágrimas de los ojos, algunos otros
 ríen y se burlan de los que lloran, algunos otros
 cantan, tocan la guitarra y hacen rima y canción.

¡Damos gracias a San Sebastián, nuestro patrón!

JULIANA

San Sebastián, nuestro patrón, los santos seoran de
 nuestro patrón San Sebastián, los santos seoran de
 sentir para ustedes la obra que cuenta su vida y su
 historia... (Rebollo que y grita)

¡Damos gracias a San Sebastián, nuestro patrón!

¡Rebollo de Yumbel!

Música para la canción (Juliana) en las
 frente al público ORGANIZACIÓN

Hoy se invocan en Yumbel al santo

su exultante es ya famoso

De modo que se invocan en Yumbel al santo
 su exultante es ya famoso
 (Rebollo) que y grita
 (Rebollo) que y grita
 (Rebollo) que y grita
 (Rebollo) que y grita

RETABLO DE YUMBEL,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES
DE NOVIEMBRE DE 1987,
EN EL ESTABLECIMIENTO 08
«MARIO REGUERA GÓMEZ»,
PUBLICADO POR EDICIONES
CASA DE LAS AMÉRICAS,
REPÚBLICA DE CUBA.
«AÑO 29 DE LA REVOLUCIÓN»

ISIDORA AGUIRRE (Chile, 1919). Dramaturga, profesora. Realizó estudios de Sociología y de Ciencias Sociales y Lenguas en la Universidad de Chile; y en el Instituto de Altos Estudios Cinematográficos de París. Fue directora del Instituto Chileno-Cubano de Cultura e impartió clases de dramaturgia en diversos centros de enseñanza de su país.

Su obra *La Pérgola de las flores* (1960) acogida por la crítica como renovadora del concepto de la comedia musical en Chile, fue llevada al cine en Argentina y estrenada en Cuba durante el Festival de Teatro Latinoamericano de 1964. En este mismo año participó como jurado de teatro en el Concurso Casa de las Américas. En 1966 asistió al Festival de Teatro Latinoamericano celebrado en Cuba.

Entre sus obras se encuentran: *Pacto de medianoche* (1954); *Población Esperanza* (1960); *Los que van quedando en el camino* con la que obtiene Mención en el Premio Literario de Casa de las Américas y premio Municipal en 1972; *Los libertadores* (1983), Premio Universidad Católica de Chile; *Edipo Rey* (1984), adaptación libre.

